

NOTAS Y COMENTARIOS

LA REPLICA DE SARMIENTO

ENRIQUE DE GANDÍA

Caseros separó para siempre a Sarmiento y a Alberdi. Mientras Sarmiento era incomprendido o alejado por Urquiza, Alberdi recibía su apoyo y su confianza. Sarmiento se fue, según sus palabras, por no someterse a la humillación del cintillo punzó. Alberdi se dirigió a Chile para desempeñar su cargo de ministro de la Confederación, fundar un club político en Valparaíso y escribir en *El Diario* de esa ciudad. Sarmiento, despechado y decepcionado, publicó en Chile su obra *Campaña en el Ejército Grande*. Fue una crítica feroz a la expedición libertadora. Mostró sus innumerables defectos que son, precisamente, su orgullo. Menospreció su acción, quiso quitar gloria al gran triunfo de Urquiza e hizo del vencedor de Rosas un retrato miserable. Alberdi, desde la quinta solitaria y florida de Quillota, donde lo habían invitado unos amigos, escribió sus famosas *Cartas quillotanas* que, serenamente, sin acidez, destruyen las ideas y la misma figura de Sarmiento. La guerra entre los dos grandes hombres había empezado. Ninguno de los dos callaría en toda su vida. Sarmiento atribuyó el nombramiento de Alberdi, como ministro en Chile, a su amigo Juan María Gutiérrez, erudito y literato, que Urquiza había hecho nombrar diputado en Entre Ríos. El mismo Gutiérrez habría sugerido los nombramientos de Gregorio Beeche y de Peña como cónsules. Estos comerciantes y, a la vez, hombres de estudio, harían su pro-

paganda entre los exportadores e importadores, y Alberdi detendría con su pluma cualquier ataque de Sarmiento. Este refiere, en *El Nacional*, de Valparaíso, del 19 de noviembre de 1852, que Alberdi, para atraerse la amistad de los redactores de *El Mercurio* y *El Diario*, empezó a darles "comiditas" en su quinta de Quillota. Sarmiento fundó un club en oposición al de Alberdi. Lo presidía el general Gregorio de Las Heras. Y en seguida escribió desde Yungay una carta que dirigió a Urquiza e imprimió, para difundirla, en la imprenta de su socio y pariente don Julio Belín. En esta carta, fechada el 13 de octubre de 1852, Sarmiento decía a Urquiza que no había querido ser su sostenedor ni era su opositor. Estaban de acuerdo en los puntos fundamentales sobre la organización de la república. Sólo discordaban en la práctica. Urquiza, lo enrostraba Sarmiento, había hecho mal en confiar el gobierno de Buenos Aires a hombres que representaban una especie de servidumbre doméstica. No se había acordado de ningún federal destacado ni de ningún unitario eminente. Pero había algo peor que Sarmiento esgrimía ante Urquiza como una amenaza o un chantaje: "Yo he permanecido dos meses en la corte del Brasil, en el comercio casi íntimo de los hombres de Estado de aquella nación, y conozco todos los detalles, general, y los pactos y transacciones por los cuales entró S.E. en la liga contra Rosas. Todo esto, no conocido hoy del público, es ya del dominio de la historia y está archivado en los ministerios de relaciones exteriores del Brasil y del Uruguay". Urquiza, en marzo de 1851, tenía asegurado el gobierno de Montevideo contra Oribe, con armas, vestuarios, pertrechos y subsidios, y, por parte del Brasil, cien mil pesos fuertes al mes para la guerra con la cooperación de un ejército de dieciséis mil hombres de línea que "con S.E., sin S.E., contra S.E., debían entrar en el territorio oriental. ¿Se acuerda, general, de estas palabras? En algún rincón de sus oficinas debe estar la nota que las contiene. Tenía, además a su disposición ocho vapores, transportes a discreción y cuanto jamás pudo reunirse para asegurar el éxito". Urquiza no hizo saber estos hechos a los gobernadores, egoístas y temerosos. Les dijo, por

una circular, que le ofrecía el apoyo de las lanzas entrerrianas, y “los gobernadores mandaron en el acto a Rosas los títulos de jefe supremo, como única contestación digna de aquella balandronada”. Si Urquiza hubiera revelado las alianzas que tenía no habría habido batalla de Caseros. Rosas se sabía abandonado por el pueblo, harto de saqueos y sufrimientos, y por sus generales, que querían cuidar sus fortunas. Otro error de Urquiza había sido imponer la cinta colorada. Las provincias seguían oprimidas por los mismos caudillos que habían sostenido a Rosas. Al poco tiempo los depusieron. En Buenos Aires Urquiza había señalado a Vicente López y Planes como gobernador. En San Nicolás, para el acuerdo, habían sido invitados Lucero, Benavidez, Gutiérrez y López. “Sacar a estos carcomas del palo que están royendo era provocar las reacciones de San Juan, Tucumán y Córdoba”. Los diputados al Congreso debían ser en proporción de la población. No obstante, Urquiza había fijado un mismo número para Buenos Aires, que era la provincia más poblada, y para las otras provincias, con un número de habitantes enormemente inferior. A Buenos Aires le correspondían diez diputados y dos a cada provincia. Los provincianos habrían sido veintiséis contra diez porteños y esto era lo que proponía Buenos Aires. Lo que Urquiza quería era que el Congreso fuese “chiquito” para manejarlo con insinuaciones. El artículo segundo del tratado de Urquiza con el Brasil establecía que los aliados se comprometían “a dejar a Buenos Aires en libertad completa de darse el gobierno que más le conviniera”, y Urquiza había delegado el gobierno de Buenos Aires en Galán, “su ministro de Entre Ríos, su jefe desde antes de Cagancha. ¿Sería porque a este amigo le gobierna como a un doméstico?”. Urquiza no era seguido por ninguno de los federales que habían estado junto a Rosas. “El hacer figurar los nombres de Guido, Anchorena, Costa, Reyes, Arana, Lagos, etcétera, en su gobierno, es sólo una carnaza para alucinar a los otros, acaso para aturdirse a sí mismo, y ocultar que está en el aire, que su poder no tiene base, que está solo. ¿Por qué no llamó al ministerio a Arana, o a Lagos, o a Guido, o a García, cuando derrocó el gobierno, y llamó a Galán, su hombre de Entre Ríos? ¿Por qué dio

el mando de la guarnición de Buenos Aires al general Pirán, su jefe antiguo de Entre Ríos, y no se lo dio al general Pacheco o a algún otro de los hombres conocidos en Buenos Aires?”.

La carta de Yungay, así llamada, es una de las más famosas de Sarmiento en contra de Urquiza y forma parte del gran ataque que llevó a Alberdi. Desnuda a sus enemigos sin piedad, convencido de sus verdades y arrastrado por algunos errores, posiblemente no intencionales. Alberdi, como veremos, contestó serenamente, destruyendo las acusaciones. Urquiza se calló, pues tenía cosas más importantes que hacer. En su carta, Sarmiento recordaba a Urquiza cómo había tratado de asegurarse el dominio de Buenos Aires y del Congreso. En efecto: había hecho nombrar diputados a Leiva, “su ministro de Entre Ríos; a Elías, a quien hacía morder con el perro Purvis para divertirse y vejarlo; al muchacho Seguí, a su edecancito Huergo, y extraño no ver a Laguitos y a don Diógenes, y el resto de la familia en lugar de Guido, García, Anchorena, Arana, Pacheco, hombres de respeto y consideración, ya que Alsina, Portela, Vélez, Domínguez, Tejedor, Sarmiento y tantos otros podrían ser tachados de unitarios salvajes”.

Urquiza había insinuado a Sarmiento, en Gualeguaychú, que, no bien libertada la república, se retiraría a su casa. En vez de hacer esto había dejado dos batallones correntinos en custodia de la ciudad al mando de Pirán. Los antiguos sostenedores de Rosas —Anchorena, Arana, Costa, Lagos y otros— no estaban dispuestos a servir a Urquiza. Eran hombres de Buenos Aires, que defendían la aduana y el puerto y no querían entregarlos a Rosas. “¿Qué son los hombres —preguntaba Sarmiento a Urquiza— bestias de posta, indiferentes al que las ha de ensillar?. Advertimos algo extraordinario: los rosistas que habían visto huir a su mascarón de proa, el tirano Rosas, mantenido por ellos en el poder como cabeza de turco, se aliaban a los antiguos unitarios que habían luchado contra Rosas, pero que se oponían al nuevo dominio de Urquiza. Los intereses de Buenos Aires unían a rosistas y antirosistas frente al enemigo común que era Urquiza. Sarmiento le aconsejaba, sabiendo que no lo haría, disolver el Congreso que había reunido, alejar a “sus sirvientes Elías, Seguí, Leiva,

Huergo, Gorostiaga, que están diciendo a gritos lo que hay en el fondo”, y convocar un nuevo congreso en el cual debían entrar “los señores Alberdi, Guido, Alsina, Anchorena, López, Domínguez, Mitre, Lagos (el coronel), Portola, Vélez, Carnil, Píco, los generales Pacheco, Pinto y Oro, Aberastáin, Mármo!, Sarmiento, hombres de saber, de prestigio, de autoridad, de conocimientos”. Sarmiento no olvidaba la muerte de Chilavert y de los ciento de la división Aquino, “degollados o fusilados en Palermo, a doscientos pasos de la puerta de su habitación, y cuya putrefacción apestaba el aire. Yo fui a ver el cadáver de Chilavert, hinchado, desfigurado, comido, supurando, diez días después de su ejecución”. El mariscal Márquez, el jefe brasileño, estaba espantado. “¿Por qué mató, general, a Chilavert al día siguiente de la batalla, después de la conversación que tuvieron?” Todo el ejército se quedó asombrado, sin saber por qué causa secreta, pues aparente no había, se deshacía de Chilavert. Muchos días después, contemplando con Mitre su cadáver desfigurado, ¿a quién habrá degollado el general en este pobre Chilavert?, me decía. No sé por qué me parece, replicábale yo, que es al artillero científico, a fin de que su Pirán no tenga rival”. Chilavert se había pasado a Rosas, pero no lo había servido en la mazorca ni en las expoliaciones.

La alianza con el Brasil había hecho mucho daño a Urquiza. Este lo sabía y había alejado a los brasileños en todos los sentidos. Sólo había admitido su dinero. El enviado del emperador, Carneiro Leao, había expresado ante Sarmiento: “¡Sí, los millones con que hemos tenido que comprarlo para derrocar a Rosas! ¡Todavía después de entrar a Buenos Aires quería que le diese los cien mil duros mensuales mientras obscurecía el brillo de nuestras armas en Monte Caseros para atribuirse solo los honores de la victoria!”. Las provincias revivían sus ataques a los porteños. Olvidaban que si Buenos Aires o Rosas habían aniquilado a las provincias “ha sido por la mano de los provincianos Benavidez, Virasoro, López, Urquiza, sus ciegos instrumentos, sus vendidos verdugos”. Los unitarios, tildados de salvajes por los rosistas, no habían introducido el exterminio ni el degüello. Lo habían

hecho Artigas, Quiroga, Rosas y Urquiza. Este era el que más prisioneros había degollado. La piel de Berón de Astrada, con la cual se había hecho una manea, la había sacado un muchacho que servía a la mesa de Urquiza. Este no había querido saber nada de extranjeros ni de libre navegación de los ríos hasta que *Argirópolis* "le abrió los ojos". La idea del Congreso y de la libre navegación de los ríos era muy anterior a las manifestaciones de Urquiza. Nadie ignoraba que este gobernador había sido rosista hasta que comprendió que Rosas jamás iba a reunir un Congreso ni permitir la navegación en los ríos. Urquiza se rodeaba, según Sarmiento, de hombres "obscurísimos, como Elías, Seguí, Huerquito y tanto otro badulaque que ha mandado al Congreso, y el clérigo Peña, ¿hay algo más obscuro y despreciado?".

La carta de Yungay causó sensación. Sarmiento era diputado por San Juan, su patria, donde había sido elegido por unanimidad a despecho de las trabas que había intentado ponerle Benavidez. Sarmiento no se detuvo con esa andanada. Continuó sus reflexiones políticas en otros escritos. ¿Quiénes habían impedido que se constituyese el país? Los caudillos: López, Bustos, Quiroga. La historia crítica moderna no coincide en un todo con Sarmiento. Estos caudillos quisieron llegar a una organización; pero la política porteña, de Rosas, se lo impidió sistemáticamente. El no aceptar una Constitución había significado treinta años de guerras, de horrores, de atrasos. Esos caudillos tan quisquillosos frente a Buenos Aires habían terminado por "someterse servilmente a un estanciero rudo de Buenos Aires, a quien entregaron las provincias maniatadas y cuyos vergonzosos caprichos obedecieron hasta el fin, sin tener el coraje de levantarse contra él, cuando ya estaba vencido." Urquiza no había querido tocar a los caudillos del tiempo de Rosas. La Constitución debía ser "un arreglo entre los propietarios feudales". En veinticuatro horas, con las piezas fraguadas en Palermo, se llegó al Acuerdo de San Nicolás. Este arreglo hecho entre los lobos levantó las protestas de cinco de las diez provincias convocadas. San Juan depuso a Benavidez; Tucumán, a Gutiérrez; Córdoba, a López; Corrientes, a Virasoro, y Buenos Aires, a López y

Planes. Salta y Jujuy no habían concurrido al acuerdo. Catamarca había delegado en el encargado. De modo, concluía Sarmiento, que sólo Entre Ríos, Mendoza, Santiago y La Rioja habían dado a la república las bases para un acuerdo. El Congreso debía reunirse en Santa Fe, que no tenía prensa, correos, ni casi población. Urquiza había traído el Congreso frente a su casa. Sarmiento analizó todos los defectos del tratado de San Nicolás. Los gobernadores que lo habían aprobado, para empezar, no tenían poder legislativo. Ni los negros de Santo Domingo ni los indios canacas de las islas Sandwich habrían aprobado un tratado semejante. Usurpaba el derecho del pueblo a tomar parte en la confección de la Constitución. Usurpaba el derecho de las Legislaturas que debían dar por definitivo lo que aprobasen sus gobernadores. Usurpaban el derecho de los gobernadores que habían delegado en sus secretarios el encargo de establecer los preliminares. Etcétera. La aprobación de una Constitución debía hacerse teniendo en cuenta muchos principios del congreso de 1826. Su rechazo había significado un cuarto de siglo de desastres.

Una comisión de argentinos residentes en Santiago de Chile preparó unas bases para la organización de la república. Las firmaron, el 29 de octubre de 1852, Juan Gregorio de Las Heras, Gabriel Ocampo, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Godoy y otras muchas personas. La organización nacional debía ser un convenio mutuo de las provincias argentinas debidamente representadas en el Congreso soberano constituyente. La unidad territorial no debía correr ningún riesgo, ni por la desmembración de una o más provincias, ni por la división en dos repúblicas. La paz debía imperar. Cada gobierno debía encerrarse en sus jurisdicciones y respetar los derechos de las otras provincias. Los escritores y publicistas argentinos no debían citar los celos de unas provincias con otras ni desviar la opinión pública del principal objeto que era el constituirse en un cuerpo de nación con la inmediata convocación de un congreso constituyente. El convenio de San Nicolás no era un hecho consumado puesto que una de las partes no lo había subscripto. La libre navegación de los

ríos y la nacionalización de las aduanas debían considerarse principios del derecho nacional argentino y no ser cuestionados por nadie.

Sarmiento se extrañaba de ciertos entusiasmos políticos. Decir Viva la Confederación era como decir vivamos todos los argentinos, viva yo. En ningún país se decían estas cosas. “Son los argentinos —escribía Sarmiento— los únicos hombres del mundo que, fingiendo un entusiasmo perenne, están viviendo iniquidades o zoncerías, mientras que mueren realmente en la obscuridad y la inutilidad de sus revueltas”. En San Juan, Benavidez se había apoderado nuevamente del gobierno. “Las calles de la ciudad estaban desiertas, las casa cerradas, los vecinos escondidos o trabajando en las obras públicas, y la consternación y el pavor dominando los ánimos”. En Buenos Aires, el entendimiento de unitarios y federales era perfecto. La misión que debía firmar el tratado de paz con la Confederación estaba integrada por “el anciano Anchorena, miembro de la Legislatura y propietario acaudalado, expresión honorífica del partido federal; el doctor Vélez Sársfield, provinciano, como jurisconsulto eminente, el general Paz, provinciano también, como el representante más intachable de los antiguos unitarios, y, por fin, el doctor Torres, ministro del interior como agente del ejecutivo”. Ninguno tenía menos de sesenta años. Urquiza no aprobó el tratado que hubiera sido el fin de tantas luchas y marchó a reforzar el ejército de Lagos que sitiaba a Buenos Aires.

Las ciento y una son unas cartas que Sarmiento, furioso, escribió a Alberdi. Indignado por la réplica de Alberdi a su *Campaña en el Ejército Grande*, le replicó con los términos más duros y casi siempre injustos. Empezó por acusarlo de plagio o de haberse aprovechado de sus libros: “En la olla podrida que ha hecho usted de *Argirópolis*, *Facundo*, *la Campaña*, etcétera, condimentados sus trozos con la vistosa salsa de su dialéctica saturada de arsénico...”. Acusó a Alberdi de querer demoler en sus *Cartas quillotanas* su reputación. Estaba empleado para ello y ese empleo se lo había negociado Gutiérrez para “dejar probado que soy nada y que usted lo es todo”. Alberdi era un abogado culto: “yo no soy sino periodista a sueldo, un gaucho

malo de la prensa". Alberdi había tenido muchas polémicas: con Juan Carlos Gómez, con Peña, con Mitre, con Gutiérrez, con Tejedor. También había polemizado contra los Varela y contra Lavalle. "Conmigo ésta es la cuarta embestida". "Usted nada en riquezas, en medios independientes de vivir, otros viven de sueldos de periodistas". Sarmiento sabía que Alberdi lo creía honrado. "No lo creo así yo a usted (hablo en política); no lo creen una gran parte de sus compatriotas y no se cree usted tampoco". Sarmiento fue de los primeros que se presentó con su rifle en el lugar del combate, "por la misma razón que Alberdi se fugó de Montevideo, a saber: porque cada uno es dueño de su pellejo". Alberdi era abogado en Montevideo y en Chile; "pero en su patria no es ni doctor, ni licenciado, ni abogado siquiera, y cuando vaya tendrá que rendir exámenes públicos para recibirse". Le echó en cara "las veleidades del piano" y "La Moda", la revista en que escribía sobre temas frívolos. "Allá (en Buenos Aires) no lo conocieron nunca ni lo reconocen hoy otra cosa que como escritor de periodiquines, la *Moda*, *Figarillo*, compositor de minuetas y templador de pianos, que era su ganapán antes de hacerse hacer abogado en Montevideo". Sarmiento tenía conciencia de sus propios estudios. "Tengo treinta años de estudios pacientes, silenciosos, hechos en dónde y cómo se aprenden las cosas que se desean aprender; no consiento en que truchimanes vayan a presentarse ante los que como ellos de escoba de sus p'ies". Y agregaba: "No soy abogado: soy simplemente maestro de escuela". Lo llamaba "escuálido y entecado de constitución". Lo trataba de embustero: "¡Qué sería usted si dijese verdad!".

Los documentos contra Alberdi fueron más que las razones. Sarmiento estaba enojadísimo. Alberdi hablaba de seriedad. Sarmiento le decía: "Usted, que usa esta palabra como un quitasol para que la luz no le hiera demasiado el rostro, es un saltimbanqui, y muy serio, es verdad; pero saltimbanqui". En 1846, en Montevideo, Sarmiento quedó espantado por el odio, el menosprecio general, que existía contra Alberdi. "Era injusto, excesivo, y lo combatí sin descanso, sin miramiento". En Chile, en el teatro, Alberdi se lo agradeció a Sarmiento, contándole que Mitre le había referido todo lo que había hecho por

él. Sarmiento había luchado por la libre navegación de los ríos, por otros puertos además del de Buenos Aires, “y cuando lo he obtenido, viene un pillito a decirme que él, en no sé qué papelucho de especulación, había dicho que en América se podía adoptar el sistema de navegación del Rin y del Escalda. ¿Para qué contestar a esta clase de tramposos que juegan con naipes falsos o se esconden una carta en los bolsillos.”. Para colmo, Alberdi, según Sarmiento, creía en “una sonámbula que él magnetiza y, como Cagliostro o Bálsamo, sabe por sus predicciones y su visión de lo futuro, lo que va a suceder”. Absorbía cualquier idea: “Es una esponja de limpiar muebles, que absorbe todas las ideas junto con el lodo; se estruja y absorbe otras, para volverlas a estrujar y aplicarse a todas las cosas sucias”. Más adelante, el ataque a Alberdi se hace tan violento que difícil es encontrar otro igual en la bibliografía política argentina: “¡Y no ha habido en Valparaíso un hombre de los que pertenecen a la multitud de frac que le saque los calzones a ese raquíto, jorobado de la civilización, y le ponga polleras, pues el chiripá, que es lo que lucha con el frac, le sentaría mal a ese entecato que no sabe montar a caballo; abate por sus modales; saltimbanqui por sus pases magnéticos; mujer por la voz; conejo por el miedo, eunuco por sus aspiraciones políticas; federal-unitario ecléctico panteísta, periodista-abogado, conservador-demagogo, y enviado plenipotenciario de la República Argentina, la viril, la noble, la grande hasta en sus desaciertos”.

En la *Cuarta de las ciento y una*, Sarmiento repitió los insultos a Alberdi. “Usted es músico —le dijo—, periodista, abogado, magnetizador, para seguir el orden natural de estas adquisiciones. Componía usted minuetes antes de artículos, artículos antes de escritos de pido y suplico, y escritos antes de poner el *finis coronat opus* con los pases magnéticos”.

Sarmiento quiso quitar a Alberdi el mérito de haber sido uno de los primeros escritores en América que defendieron la libre navegación de los ríos. El primero en sostener la idea de que había que aplicar a América el derecho excepcional para el Rin y el Escalda fue Andrés Bello. Alberdi contestó a Sarmiento que sus ideas sobre la libre na-

vegación de los ríos las había expuesto en su memoria sobre el Congreso Americano publicada ocho años antes de *Argirópolis* y otros escritos de Sarmiento. Este, despechado, respondió que había urdido una telaraña, “humedecida con la baba de la envidia hipócrita, de la rabia astuta, de la codicia sórdida, de la ambición rastrea”. Y le sacó a relucir el contrato que había hecho con el gobierno para publicar *El Comercio de Valparaíso*. Este periódico debía apoyar todos los proyectos y resoluciones del gobierno, defenderlo cuando se le dirigiesen ataques por la prensa y guardar silencio en las cuestiones que a éste le interesasen. Era un contrato, fechado el 6 de noviembre de 1847, que no hacía honor a la independencia de Alberdi como periodista. Por su parte, el gobierno se comprometía a subscribirse al periódico con un número de ejemplares igual al del *Mercurio*, a contribuir con dos onzas mensuales para el pago del redactor, a darle el trabajo de todas las impresiones oficiales y a suministrarle las noticias e informes que necesitase. “Ha vendido usted su alma —le decía Sarmiento— su conciencia, su razón, sus simpatías, por plata, por poca plata, por poquísima plata, desde 1847 hasta 1849, en un contrato público de compra venta”.

En otras páginas, Sarmiento volvió a disminuir a Alberdi recordándole su “constitución enfermiza, lo que da a su espíritu ese egoísmo y frialdad que lleva a explotar la primera coyuntura que se le presenta a la mano, temeroso de que la vida se le escape y no haya tenido tiempo de saborearla”. En otro instante hizo advertir un gesto acostumbrado de Alberdi: “Le he notado a usted que cuando se ríe se lleva la mano involuntariamente a la boca para ocultar aquella expresión natural de lo que siente”.

Sarmiento tenía muchas plumas para combatir a sus enemigos. El sabía muy bien cuál era su capacidad combativa y se lo dijo a Alberdi para que supiese cómo lo atacaba.

Pues yo tengo muchas plumas en mi tintero. Téngola terrible, justiciera, para los malvados poderosos como Aldao, Quiroga, Rosas y otros; téngola encomiástica para los hombres honrados como

Funes, Balmaceda, Lamas, Alsina, Paz y otros; téngola severa, lógica, circunspecta para discutir con Bello, Píñero, Carril y o'ros; téngola burlona para los tontos; pero para los que a sabiendas disfrazan la verdad, para los sofistas, para los hipócritas, no tengo pluma: tengo un látigo, y uso de él sin piedad, porque para ellos no hay otro freno que el dolor, pues que vergüenza no tienen cuando apelan a esos medios de dañar.

Sarmiento había ido a exponer su vida en el campo de batalla después de haber atacado a Rosas con la pluma; pero cuando llegó la guerra a Montevideo, Alberdi, que había provocado y defendido esa guerra como periodista, fue el "primero en fugarse, y cuando en Chile le faltó la subvención del *Comercio de Valparaíso* abandonó el campo y dejó en la estacada a quien le había contratado". Alberdi había acusado a Sarmiento de no ser militar, de no haber hecho ninguna campaña, de no conocer la ciencia militar, y Sarmiento le replicó recordando todos los cargos militares que había tenido (Obras completas de Sarmiento. XV, *Las ciento y una. Epoca preconstitucional*, Buenos Aires, 1950, pp. 215-217). Lo indudable es que Sarmiento se sintió herido por las respuestas de Alberdi. No quiso que se le comparase con malvados y se lo dijo noblemente, dolorido y lleno de rencor y de rabia:

¿Por qué compararme, Alberdi, con los hombres más manchados de sangre sólo porque me les parezco en mi vanidad? ¿No sienten Alberdi toda la atrocidad de estas injurias, más atroces todavía por la calma infernal con que son vertidas. Relea usted su libro, Alberdi, y recuerde que no hay momento primo que lo disculpe, que es elaborado, meditado fríamente en el retiro, entre las flores de los jardines, y que hay en él el intento, el plan de matar políticamente a un hombre! ¿Gustaría usted que, aprovechándose de su andar cauteloso, a manera de gato, su disímulo, su cuerpo enfermizo, sus exterioridades amables lo comparara a Desrués, el famoso hipócrita de los *Crímenes célebres*, como usted me compara a Marat y Robespierre, sugiriendo que soy un objeto de execración como ellos

Era el mes de mayo de 1853. Posteriormente, Sarmiento siguió combatiendo a la política de Urquiza. Ridiculizó al congreso de Santa Fe. En él no había más de veinte diputados. Era "el más mezquino congreso del mundo" Rayaba en lo cómico y en el desprecio. El presidente, Zuviría, era hombre versado en los negocios públicos; Gutiérrez era un literato más consagrado a coleccionar versos que a las cuestiones públicas; Leiva y Gorostiaga habían sido ministros de provincias. "El resto es letra muerta, y no sabemos quien les atribuye ni conocimientos legislativos, ni influencia política en el país". Este Congreso había imitado a la Junta de Representantes del tiempo de Rosas, en Buenos Aires, tributando un voto de gracias y de confianza a Urquiza. ¿Qué quedaba de Caseros? Todos los vencidos estaban en armas con Lagos, Benavidez, Gutiérrez. Había revueltas en San Juan, Córdoba, Santiago, Tucumán, para derribar a los gobiernos surgidos de Caseros y reinstalar a los antiguos rosistas. Urquiza hacía donar cien mil pesos al coronel uruguayo José María Flores, antiguo Jefe de Rosas, que, en Montevideo, no había querido acompañar a Urquiza en su cruzada, y otros derrotados en Caseros recibieron otras sumas menores. Urquiza exigía, para lograr la unidad nacional, que Buenos Aires entregase su puerto, su aduana, sus rentas, su ejército, su escuadra, todos sus recursos. "Buenos Aires —decía Sarmiento— pondría estos medios de poder a disposición de la nación; pero es un poco difícil que los entregue al que dos veces la ha acometido para arrancárselos por la violencia". Los economistas porteños hubieran debido hacer un inventario de los millones que había derramado Buenos Aires, desde 1806, sobre toda América. Es un estudio, confirmamos, que aún no se ha hecho. Tampoco se ha estudiado la exaltación política que caracterizó a Buenos Aires en los años del rosismo. Sociólogos del siglo XX se han referido a los estados de excitación y de delirio que viven ciertos pueblos con sus conductores. Es un contagio que se extiende entre las gentes ignorantes, de escasos entendimiento, que sólo se dejan conmover y arrastrar por un hombre de fácil y eufónica pronunciación y el acompañamiento de alguna

música pegadiza. Nombre y música, sobre todo, si es acompañada por el ritmo incesante de bombos, conquistan una nación. En el Buenos Aires rosista ocurrió este fenómeno, que no fue único en la historia argentina y se repetirá mientras haya gentes de mentalidad inferior. Sarmiento lo observó a la perfección. “El entusiasmo es la cuerda de la historia argentina y la libertad, como los prodigios de la guerra de la independencia y la tiranía de Rosas tuvieron por móvil esta excitación, que puede hacerse febril para el mal como para el bien”. Para ejercer el despotismo era necesario ese victorear eterno, “estos vivos y mueros que, a ser espontáneos, mostrarían un pueblo en permanente delirio”. Rosas produjo “el entusiasmo del crimen, del asesinato, del degüello, de la sangre. Ha habido centenares de hombres dominados por esta excitación febril a matar hombres, que han hecho la ocupación y el orgullo de su vida, que lo han ostentado envaneeciéndose de ello”. Sarmiento, excelente psicólogo señaló cómo hombres rudos, despreciables, ignorantes, para manifestar su poder “y no pudiendo hablar, no pudiendo influir, degollaban, castraban, mutilaban a aquellos a quienes estaban condenados a respetar”. Para atenuar la conciencia, realzar al verdugo y deprimir la víctima, se llamó salvajes a los perseguidos. Cuando huyó Rosas, el pueblo de Buenos Aires creyó llegado el momento de hacer justicia con algunos mazorcucos asesinos. Ahí estaban Maza, “el degollador de cuatrocientas víctimas”, Pablo Alegre, “el terror de Buenos Aires”, José el Zurdo, “de espantosa fama”, y Urquiza los amnistió y autorizó “a repeler con la muerte a cualquier insulto que recibiesen al pasearse en las calles de Buenos Aires”. Urquiza elevó a general a Lagos, “que tenía por edecán a uno de los asesinos”. Cuitiño, por gracia de Urquiza, se refugió en Chile con ayudantes, costeados por las rentas del Estado, fletó un buque en Valparaíso y se fue a Nueva Granada, hoy Colombia. Cuando Benavidez volvió a apoderarse del mando en San Juan, se oyeron otras vez los gritos contra los salvajes unitarios. Urquiza pretendía tener poderes omnímodos después de aprobada la Constitución. Había presentado el original ejemplo de ser gobernador de Entre Ríos, gobernador de Buenos Aires y director de la República. Era un hecho

notorio que Urquiza había gobernado un año sin Consejo de Estado, sin ministros, sin las condiciones que dan sanción a un Poder Ejecutivo. No obstante, había celebrado tratados, y el Congreso de Santa Fe, que no era legislativo sino constituyente, los había aprobado. Entretanto, las provincias ardían en guerra civil, precisamente donde imperaba la Constitución, y Buenos Aires, que no había aceptado esa Constitución, vivía en calma. “El caudillo Gutiérrez —escribía Sarmiento— ha invadido a Santiago; Salta a Tucumán; Córdoba vuela en auxilio de Santiago, y el Congreso pide al director que lance otra u otras provincias más en aquel torbellino de desastres, de destrucción y de matanzas”. Los caudillos, causa de los males de la Confederación, habían sido traídos por Urquiza. Sarmiento veía a sus parientes perseguidos. “El ex gobernador Yanci, a quien dislocaron una pierna, cuya casa saquearon, para llenar los votos de Urquiza, es desgraciadamente mi primo; don Santiago Lloveras, que ha estado cinco meses en un presidio, es mi pariente; don Manuel Albarracín, que está actualmente con un barra de grillos, es hijo de un hermano de mi madre...”. Los amigos de Urquiza se iban alejando de su lado. “El general Urquiza —escribía Sarmiento— ha perdido tres ejércitos después de Caseros, ha sido expulsado tres veces de Buenos Aires, y Cuitiño, Badía y sus socios, perdonados tres veces, han venido a parar al patíbulo que los llamaba desde 1840, y de que los alejaban todos los días sus propias víctimas. El general Urquiza desencadenó sobre las provincias a todos los caudillos de Rosas para que recuperasen sus puestos, y en todas partes han sido vencidos, contra toda posibilidad, López en Córdoba, Saravia en Salta, Gutiérrez en Tucumán, Benavidez mismo en San Juan. Ha sido vencido el mismo Urquiza, teniendo que desconocer su propia obra y combatir a sus propias criaturas”.

A juicio de Sarmiento, Urquiza era el culpable de todas las inquietudes que sufría la república. Buenos Aires se había separado de la Confederación porque Urquiza no la había invitado a autorizar a su gobernador a firmar el pacto de San Nicolás. En el Norte se combatía porque Urquiza había declarado gobernadores legales a los

antiguos caudillos de Rosas. En el Congreso de Santa Fe, los diputados que habían propuesto soluciones para resolver la separación de Buenos Aires fueron hostilizados o expulsados. En Europa, Alberdi inventaba a Buenos Aires una "historia insidiosa, un odio antiguo a las provincias". Sarmiento agregaba que la causa de Alberdi era la causa de la persona de Urquiza, y que la causa de Buenos Aires era la de las instituciones. Alberdi había demostrado que "se puede ser topo y ser doctor". Además, Alberdi había afirmado que Urquiza había estudiado en la Universidad de Buenos Aires, para hacerlo aparecer en Chile como un segundo Rivadavia. No sabemos si Sarmiento y Alberdi ignoraban que Rivadavia nunca frecuentó una Universidad.

Los escritos que publicaba Alberdi en Europa fueron refutados por Sarmiento en la Argentina; pero sus réplicas no tuvieron el brillo de su contendor. Alberdi era más sereno, más brillante y, por tanto, más convincente. Sarmiento lo llamaba malvado, embustero, y le indilgaba otros insultos. No le perdonó nunca sus polémicas. Alberdi murió en París en 1884. Dos años después, Sarmiento escribió al director de *El Censor* una carta en que le decía: "Sírvasse dar lugar preferente en sus columnas a la carta del traidor Juan Bautista Alberdi, cuyo original estará desde la publicación de su diario en la oficina de *El Censor* para satisfacción de los curiosos. El padre del capitán Sarmiento, inmolado en Curupaytí, recibió en Buenos Aires al doctor Alberdi con las deferencias que un ministro de gobierno debe a sus adversarios personales. En prueba de su satisfacción me visitó en mi casa particular tres veces. Pero se trata ahora de suscitar odios contra Buenos Aires y recordé que Alberdi fue el último mohicano chasqueado del odio". La carta de Alberdi estaba dirigida al capitán don Gregorio Benítez. Le decía que se había alejado del paraguayo Bareiro por sospechar de su lealtad y que le rogaba que hiciese conocer al mariscal López sus escritos sobre la guerra del Plata. Agregaba: "Mi interés en esto, como en mis escritos, no es personal ni privado. Se refiere del todo a la política venidera de nuestros dos países y a sus conveniencias mutuas y solidarias. Tenga usted la bondad de re-

petirle lo que tantas veces he dicho a usted y al señor Bareiro: yo no quiero ni espero del señor mariscal López empleos públicos, ni dinero, ni condecoraciones, ni subscripciones de libros. Todo lo que yo quiero me lo ha dado ya en parte: es hacer pedazos con su grande y heróica resistencia el orden de cosas que formaba la ruina de mi propio país; y para lo venidero todo lo que quiero de él es que abrace una política tendiente a buscar en una liga estrecha con el nuevo orden de cosas que represente los verdaderos intereses argentinos, la seguridad y garantía respectiva de los dos países contra las ambiciones tradicionales del Brasil y Buenos Aires respecto de los países interiores en que hemos nacido él y yo". Alberdi no fue un traidor, sino un argentino que quiso la unidad de su patria y la amistad de los países vecinos frente al peligro que representaba el Brasil. Sarmiento fue otro argentino que persiguió los mismos ideales por otros caminos y no pudo nunca desprenderse de su viejo rencor.